

SER MAESTRO DE PRIMARIA ES UN RETO MARAVILLOSO

Ángel Ignacio La Cruz Torres

*Jefe del Departamento Académico de Historia y Geografía- UNT
Director de la Editorial Universitaria de la UNT
Docente de la Escuela de Postgrado en la Mención de GESTIÓN Y
DESARROLLO REGIONAL
Miembro de la Sociedad Geográfica de Lima
alto.3107@hotmail.com*



Ser profesor de educación primaria es todo un reto y, si su campo de acción es el ámbito rural, lo es aún más. Por ello, la valía de un docente de esta carrera y su impacto en la formación de la persona y del futuro ciudadano es determinante- como lo es también la carrera de educación inicial-, lo cual sugiere que el futuro docente en esta línea educativa, no sólo debe ser bien preparado académicamente sino que su vocación y su compromiso social debe alcanzar un nivel óptimo, que le permita afrontar diversas circunstancias adversas y enormes limitaciones, a los cuales deben saber adaptarse para garantizar su buen desempeño docente. Al respecto, el gran Arguedas decía que un buen maestro debe, primero, conocer su realidad y conocer también la idiosincrasia de sus estudiantes y de los miembros de la comunidad, adaptarse a sus formas de vida y hacerse parte de ellos, de sus vivencias y de sus problemas.

Hago esta necesaria introducción, antes de compartir mi experiencia docente, para que se comprenda, por parte de los profesores formadores y de los estudiantes que abrazan esta carrera que en sus manos está el futuro de las generaciones venideras; que es en esta edad- de infantes y niños- en que se forjan las formas del pensar, así como los temperamentos, los buenos hábitos, y, fundamentalmente, los valores humanos y los preceptos ciudadanos que hoy tanta falta hacen a nuestra patria y que por su ausencia, vivimos las más grotescas expresiones de la debacle moral que exhibe nuestra sociedad, en particular, en los niveles del ejercicio del poder político.

Fui formado en mi Universidad como profesor de Educación Secundaria en la hermosa especialidad de Historia y Geografía y nunca imaginé ejercer la docencia en el nivel primario. El destino me tenía reservado un espacio de mi vida profesional, de corta duración pero de mucha intensidad. Fue por los años 1977, en que por circunstancias que no vienen al caso detallar, fui reasignado a la escuelita rural de la comunidad de Santonte, de San Pedro de LLoc, provincia de Pacasmayo. Era ésta una comunidad pobre, de campesinos jornaleros temporales en el cultivo del arroz. Para llegar a mi escuelita, recuerdo mucho la primera vez, tuve que salir un lunes, a las 5 de la madrugada de Trujillo para bajar en el Cruce de San José, al cabo de dos horas de viaje; luego tomé un colectivo hacia el distrito de San José, al que llegué en 20 minutos, aproximadamente. Luego de averiguar con algunos lugareños sobre Santonte, tuve que caminar por una carretera polvorienta por espacio de dos horas hasta llegar a mi destino. Cuando hice mi aparición por la puerta de la Escuelita fui recibido, con no poca cortesía, por la Directora y una Profesora algo más joven. Al presentarme me asignaron una aula, compuesta por 3 grados de estudios: cuarto, quinto y sexto grados, con un promedio de 12 a 14 alumnos entre niñas y niños por cada grado de estudios. Al presentarme ante mis niños, algunos de ellos ya adolescentes, noté en sus ojos una extraña mezcla de temor y respeto muy acentuada que me hicieron sentir

con una inmensa autoridad que no me expliqué sino transcurrido unas semanas. Era un docente varón de quien, sin conocerme, la Directora difundió la idea de la llegada de alguien muy castigador y de carácter fuerte que venía a poner orden en la Escuela; tanto así era mi fama que los estudiantes de las demás secciones me miraban con un temor desmedido que, inclusive, los propios padres amenazaban a sus hijos con ponerlos a mis disposición si se portaban mal. Así que la autoridad, el orden y la disciplina habían llegado a la Escuelita de aquel olvidado villorrio.

Haciendo un acápite, creo necesario dar algunos detalles de mi instalación en aquel pueblito en el que, obviamente, no existen hoteles ni alojamiento alguno y no me fue difícil llegar a una humilde casita campesina, de quinchá y barro con inexistentes comodidades pero con una limpieza sorprendente, aún en sus pisos de tierra. Los dueños de casa, como sus hijos de todas las edades tenían que trabajar en las diversas fases del cultivo del arroz, como lo hacen todos los miembros de aquella comunidad campesina. Mi dormitorio había sido ambientado a un costado de la sala-comedor, separado por un plástico, teniendo una cama de fierro con somieres algo hundidos y una silla como mesita de noche y mis noches de sueño eran acompañadas por las estrellas que las veía casi todas las noches, a través de las raídas esteras que fungían de techo. Mi alimentación era la misma de la familia, con muchas carencias de alimentos pero con mucha sazón (cocina a leña) y gran cariño y, no me quejo de ello, pues entre semana nunca faltaba algún animalito de corral o pescado de agua dulce y muy de vez en cuando pescado de mar y algunas veces, con engaños, consumía el famoso cañán que sin saberlo me fue gustando cada vez más. Lo que nunca faltaba, eso sí, era el arroz y los frejoles productos de sus cosechas. Como podrán imaginar, poco a poco me fui haciendo un miembro más de esta comunidad que, por cierto, tiene a su lado la hermosa maravilla natural del Cañoncillo, un gigantesco bosque de algarrobos, con una hermosa y grande laguna, pleno de belleza natural, que hoy constituye uno de los atractivos turísticos naturales más hermosos y originales de la costa liberteña..

Al observar aquella escuela, experimenté una terrible sensación de frustración y desencanto, pues su construcción era totalmente precaria y en condiciones de deterioro impresionantes. Era una vieja edificación de una sola planta, sobre bases de piedra y adobe con una sola puerta, vieja y deteriorada, en tanto que las aulas al interior no tenían puertas y el techo era una mixtura de calaminas y esteras que no cubrían por completo, las aulas. Era como estar a la intemperie.

Los niños estudiaban en condiciones deplorables, pues había una que otra carpeta o mesitas en pésimo estado de conservación y, por allí, algunos niños se sentaban sobre adobes y escribían sobre tablones de madera puestos sobre sus piernas. Por supuesto, la gran mayoría carecía de útiles escolares y sólo contaban con lápices y cuadernos de apunte, con ausencia total de libros. Los alumnos, en su mayoría, presentaban cuadros de desaseo y ausencia de hábitos de limpieza, respeto y orden. Los servicios higiénicos eran pozos asépticos, a los que se les tenía que echar cal cada dos días para evitar el mal olor y la contaminación.

En mi desempeño docente tuve que esforzarme al máximo para cubrir la programación de los tres grados que me habían encargado. Acostumbrado a mi especialidad y a tratar con adolescentes y jóvenes las dificultades eran muchas y, por tanto, el esfuerzo fue mayúsculo, teniendo que impartir contenidos de otras materias totalmente ajenas a mi quehacer, inclusive,

teniendo que desarrollar actividades como Formación Laboral Y Educación Física. Es decir, tuve que convertirme en un docente multidisciplinario muy funcional: Sin embargo, mi mayor esfuerzo estuvo centrado en desarrollar las capacidades fundamentales de lectura, escritura y comprensión lectora, la matemática y las ciencias y en motivar permanentemente a los niños en el amor a los estudios, la práctica de valores y buenos hábitos. Para complementar mi labor docente – a manera de proyección social-, como quiera que mi rutina de trabajo era de lunes a viernes, en horarios de mañana y tarde y, al quedarme toda la semana en el caserío, me dediqué a trabajar con los jóvenes en reforzamientos de lectura, redacción de documentos, orientaciones sobre la vida y a practicar deportes; así también, al constatar problemas en la crianza de sus hijos, problemas de embarazo, etc. impulsé algunos programas de orientaciones médicas, con el apoyo de algunos médicos jóvenes sobre temas de salud, nutrición, prevención del embarazo y salubridad en general, lo cual me permitió asumir sin darme cuenta un rol de liderazgo que me fue convirtiendo, en un consultor de problemas de toda índole, de los miembros de la comunidad, inclusive en temas de gestión para que la comunidad mejore sus condiciones de vida. Sin embargo, una de las mayores satisfacciones alcanzadas fue lograr – en contra de las quejas formuladas en mi contra por algunos padres de familia- que los niños de último año de la escuela, al concluir sus estudios, continúen sus estudios secundarios en San José o Pacasmayo, pues resulta que este tema era prohibido y negado por los padres de familia, especialmente, por los varones quienes aducían limitaciones económicas y veían en sus hijos, dentro del marco machista y del sentido utilitario, una ayuda económica como fuerza de trabajo para sus hogares y no veían con buenos ojos que esta ayuda productiva de sus hijos se les vaya de su manos. Como se sabe, esa es la mentalidad imperante en todas las familias del ámbito rural sean de la costa o de la sierra. Sin embargo, mediante la persuasión, se logró doblegar esta barrera y fue emocionante comprobar que muchos de mis niños continuaron estudios secundarios y algunos accedieron a los estudios superiores y hasta universitarios. Por ello, cuando culminé el año de mi destaque, la despedida fue con manifestaciones conmovedoras de parte de mis niños y de la comunidad, tanto así que intentaron pedir a las autoridades, continuase en el trabajo de mi Escuelita de Santonte.

Por todas estas experiencias vividas, no me cabe la menor duda de la importancia trascendental que desempeña un docente de Educación Primaria, sobre todo en los lugares más olvidados donde reina la miseria y el atraso en los que la formación y fortalecimiento de las capacidades cognitivas y formativas de los niños es fundamental y, en el campo de la identidad social y comunitaria, allí están las comunidades de los villorrios y caseríos en espera de un auténtico líder que camine junto a sus miembros en la solución de sus problemas.